

Cajón de sastre literario

■ El ejercicio literario no es tan lineal como parece. El lector recibe el producto terminado en forma de cuento, novela, drama o poema y se imagina que, en un momento de inspiración, el escritor compuso la obra en una sola sentada. O en varias, según el caso.

Sin embargo, no es así. Igual que un explorador que se va abriendo camino por la selva, sin tener muy claro el terreno que pisa o el punto de llegada, el escritor vuelve tras sus pasos, rehace camino, cambia de dirección y después de un viaje tortuoso y fatigante arriba. Cuando, efectivamente, arriba.

Como fruto de este deambular sobre su tema, van quedando páginas y páginas de un material que no utilizó y que el escritor experimentado conserva cuidadosamente, a diferencia del primerizo que tiene la tendencia a romper las hojas que le han resultado inservibles.

Se va formando así un verdadero "cajón de sastre" en el que se encuentra de todo: personajes delineados y abortados, trozos de diálogos truncos, descripciones de paisajes y ambientes, reflexiones sobre los temas más dispares.

Conozco a más de un escritor que conserva este cajón de sastre de creaciones frustradas como un verdadero tesoro. Muchos de ellos, cuando están en pleno proceso creativo de una nueva obra, suelen recordar el retazo que tienen guardado y, cual zurcidores japoneses, lo parchan invisiblemente a la nueva trama.

En otros casos, la cantidad de hojas sobrantes es de tal magnitud que cuesta resistir a la tentación de hacer de ellas un libro nuevo. Entonces, viene el problema de cómo enhebrar una historia en que quepa esto y lo otro, el personaje que se dejó de lado en la novela anterior, con el trozo de poema que nunca se terminó y con las páginas de diálogo de una obra dramática que nunca se supo como proseguir.

Sospecho que de esta tentación ha nacido más de una innovación formal en el campo literario, que los críticos alaban ignorantes de que lo que tie-

nen entre sus manos no es otra cosa que la versión literaria del consabido "salpicón de poquitos" que las buenas dueñas de casa se ingenian para presentar a la mesa, aprovechando lo que va quedando en el refrigerador sin consumirse.

Me pregunto si no será ése el procedimiento que ha usado Vargas Llosa en su última novela "La tía Julia y el Escribidor" en la que alterna los capítulos en los que narra la aventura amorosa con su tía política, con relatos que se suponen son los temas de los radioteatros que realizaba "el escribidor" de la novela. Si así ha sido, sería una ingeniosa forma de aprovechamiento de tramas ideadas y abortadas.

Lo que sí no me cabe la menor duda, es que Ernesto Sábato usó el procedimiento de revolver en su cajón de sastre para hilvanar su novela "Abalón, el Angel Exterminador". Los críticos han escrito páginas y páginas estudiando la innovación de Sábato en esta novela al convertirse él mismo en el protagonista de ella. Para mí, eso constituye el genial recurso que encontré para usar tanto saldo y retazo que le ha quedado suelto de anteriores novelas y cuentos, además de otras que nunca culminaron.

Si los escritores fueran menos pudorosos y reconocieran la existencia de esta antigua práctica, podrían llegar a formar una bolsa de saldos y retazos literarios. Así, en revistas especializadas podrían verse avisos como éste: "Permuta personaje masculino de edad mediana con frustraciones sexuales por diálogo enjundioso sobre la búsqueda de la verdad".

Pueden imaginarse Uds. cuán importante para la creación literaria de un país sería la existencia de una cooperativa así, en que los residuos creativos estuvieran a disposición de la comunidad de escritores.

A propósito. Si alguien tiene una poética descripción del ambiente de las estancias makallánicas, avíseme. Le necesito para un cuento que estoy escribiendo.

Tengo toda clase de saldos y reazos literarios para ofrecer en cambio.